

Criado por cuervos. Envuelto en sombras

# FERALS



CUERVO

JACOB GREY

DESTINO

LA ISLA DEL TIEMPO



**FERALS**  
**CUERVO**

The title 'FERALS' is rendered in a large, bold, black, sans-serif font. The letters are filled with a dense pattern of small black dots, giving it a textured, splattered appearance. Silhouettes of various animals are integrated into the design: a snake is coiled around the top left of the 'F'; two birds are shown in flight, one above the 'E' and one above the 'A'; a small bird is perched on the left side of the 'R'; and a spider is positioned below the 'S'. Below the word 'FERALS', the word 'CUERVO' is written in a smaller, solid black, sans-serif font. A thin vertical line extends from the bottom of the 'U' in 'CUERVO' down to a silhouette of a spider.

**JACOB GREY**

**DESTINO**

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Ferals. The Crow Talker*.  
© de la traducción, Dante Ortiz López, 2015  
© del texto, Working Partners Ltd 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: octubre de 2015  
ISBN: 978-84-08-14161-7  
Depósito legal: B. 20.813-2015  
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S.A.  
Impreso en España – *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917 021 970 / 932 720 447.



## Capítulo 1

La noche le pertenecía. Se vestía con sus sombras y degustaba sus aromas. Saboreaba sus sonidos y silencios. Caw saltaba de techo en techo, observado solo por el ojo blanco de la luna y los tres cuervos que surcaban el cielo oscuro sobre él.

Blackstone se extendía por todos lados como una colonia de bacterias. Caw captaba destellos de la ciudad. Al este se levantaban rascacielos y, al oeste, el interminable paisaje de techos inclinados en los distritos más pobres y las chimeneas humeantes en el barrio industrial. En el norte acechaban viviendas abandonadas. En algún lugar del sur se encontraba el río Blackwater, un lodo turbio que se llevaba la inmundicia lejos de la ciudad, pero que no la limpiaba nunca. Caw podía oler su hedor.

Se deslizó sobre el sucio cristal de un tragaluz. Colocando con suavidad las manos sobre el vidrio, se asomó a su tenue resplandor. Un conserje encorvado hacía girar una

fregona y un cubo en el pasillo de abajo, perdido en su propio mundo. No alzó la mirada. No lo hacían nunca.

Caw despegó de nuevo, asustando una paloma rechoncha y saltando una antigua valla publicitaria; confiaba en sus cuervos para seguir adelante. Dos de los pájaros apenas eran visibles, parpadeantes sombras negras como alquitrán. El tercero era blanco, y sus plumas pálidas lo hacían brillar como un fantasma en la oscuridad.

«Tengo hambre», murmuró Screech, el más pequeño de los cuervos. Su voz era un graznido aflautado.

«Siempre tienes hambre —replicó Glum, cuyos aleteos eran lentos y constantes—. Los jóvenes sois muy glotonos.»

Caw sonrió. Para cualquier otro, las voces de los cuervos sonarían simplemente como los gritos de las aves comunes. Pero Caw oía más. Mucho más.

«¡Todavía estoy creciendo!», exclamó Screech, y aleteó indignado.

«Lástima que tu cerebro no lo haga», cacareó Glum.

Milky, el ciego y anciano cuervo blanco, volaba por encima de ellos. Como de costumbre, no dijo nada en absoluto.

Caw redujo la velocidad para recuperar el aliento, y dejó que el aire fresco llenara sus pulmones. Captaba los sonidos de la noche: el silbido de un coche sobre el asfalto resbaladizo, o el murmullo de la música lejana. Más lejos, una sirena y un hombre que gritaba; no lo oía con claridad. A Caw no le importaba por qué alzaba la voz, si por ira o por felicidad. Allá abajo era para la gente común de Blackstone. Aquí arriba, entre las siluetas del horizonte..., para él y sus cuervos.

Atravesó la cálida ráfaga de un ducto de aire acondicionado y luego se detuvo, con las fosas nasales dilatadas.

Comida. Algo salado.

Caw corrió hasta el borde de la azotea y se asomó. Abajo, una puerta se abría a un callejón lleno de contenedores de basura. Era la parte trasera de un restaurante de comida rápida de los que abren las veinticuatro horas. Caw sabía que solían tirar comida en perfecto estado; las sobras, probablemente, pero no era exigente. Echó un rápido vistazo a cada una de las oscuras esquinas. No vio nada que lo preocupara, pero andar al nivel del suelo siempre implicaba un riesgo. Era el lugar de ellos, no el de él.

Glum aterrizó junto a Caw e inclinó la cabeza. Al reflejar una farola, su corto y grueso pico brilló como el oro.

«¿Crees que es seguro?», preguntó.

Un movimiento repentino atrajo la mirada de Caw: una rata que hurgaba en las bolsas de basura de abajo. Alzó la cabeza y lo observó sin miedo.

—Supongo —dijo Caw—. Manteneos alerta.

Sabía que la advertencia era innecesaria. Llevaban ocho años juntos, y podía confiar en ellos más que en sí mismo.

Caw balanceó una pierna sobre el borde del techo y aterrizó con suavidad en la plataforma de la escalera de emergencia. Screech se precipitó y se posó al lado de un contenedor, mientras Glum planeó hasta la esquina del techo, observando la calle principal. Milky cayó sobre la barandilla de la escalera de emergencia; sus garras arañaron el metal. Todos vigilaban.

Caw se deslizó escalera abajo. Se agachó por un momento, con la mirada fija en la puerta trasera del restaurante de comida rápida. El olor de la comida hizo que su estómago gruñera con violencia.

«Pizza —pensó—. Hamburguesas también.»

Caw pescaba dentro del contenedor de basura más cercano, y encontró una caja de poliestireno amarilla, todavía caliente. La abrió. ¡Patatas fritas! Se metió un puñado a la boca. Grasientas, saladas y un poco quemadas en los bordes. Eran buenas. El vinagre ácido se quedó atrapado en su garganta, pero no le importó. Llevaba dos días sin comer. Tragó sin masticar y estuvo a punto de ahogarse. Luego hurgó más abajo. Una cayó de su mano y Screech tardó apenas un segundo en llegar allí y atacar el trozo con su pico.

Un grito ronco de Glum.

Caw se estremeció y se encogió al lado del contenedor, escudriñando la oscuridad con sus ojos. Su corazón se sobresaltó cuando aparecieron cuatro siluetas al final del callejón.

—¡Eh! —exclamó la más alta—. ¡Aléjate de nuestro escondite!

Caw se movió a toda prisa, y apretó la caja contra su pecho. Screech alzó el vuelo, mientras golpeaba el aire con las alas.

Las siluetas se acercaron más y una farola les iluminó los rostros. Chicos, quizá un par de años mayores que él. Vagabundos, a juzgar por el aspecto de sus ropas harapientas.

—Hay suficiente —dijo Caw, y señaló el contenedor de basura con la cabeza. Se sentía incómodo al hablar con otras

personas. Le ocurría muy raras veces—. Suficiente para todos nosotros —repitió.

—No, no hay —replicó un chico que llevaba dos aros en el labio superior. Caminó delante de los otros moviendo los hombros con arrogancia—. Solo hay lo suficiente para *nosotros*. Has estado robando.

«¿Vamos a por ellos?», preguntó Screech.

Caw sacudió la cabeza. No valía la pena exponerse a que unos cuantos mindundis les hicieran daño.

—No muevas la cabeza, sucio ladronzuelo —dijo el alto—. ¡Eres un mentiroso!

—Asqueroso... También das asco —se burló un chico más pequeño.

Caw sintió que las mejillas se le encendían. Dio un paso atrás.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó el chico que llevaba los aros en el labio—. ¿Por qué no te quedas un rato?

Se acercó a Caw y le dio un brusco empujón en el pecho. El repentino ataque tomó a Caw por sorpresa, y lo hizo caer de espaldas. La caja voló de sus manos y las patatas fritas se esparcieron en el suelo. Los chicos lo rodearon.

—¡Y ahora va y las tira al suelo!

—¿Vas a recogerlas?

Caw se puso de pie. Lo tenían atrapado.

—Te las puedes quedar.

—Demasiado tarde —dijo el líder. Se pasó la lengua por los aros del labio, mientras se buscaba el bolsillo a tientas—. Tendrás que pagar. ¿Cuánto dinero tienes?



Caw se vació los bolsillos; el corazón le palpitaba.

—Nada.

El brillo de una navaja surgió del bolsillo del chico.

—En ese caso, tomaremos en su lugar tus dedos de ladrón.

El chico arremetió. Caw agarró el borde del contenedor de basura y saltó a la parte superior de este.

—Es rápido, ¿no? —preguntó el chico—. Atrapadlo.

Los otros tres rodearon el contenedor de basura. Uno golpeó a Caw en el tobillo. Otro empezó a sacudir el contenedor. Caw se tambaleó para mantener el equilibrio. Todos se reían.

Caw vio un tubo de desagüe a tres metros a su izquierda y saltó. Pero, cuando sus dedos cogieron el metal, la tubería se desprendió de la pared con una explosión de polvo de ladrillo. Cayó y golpeó el asfalto. Exhaló el aire de los pulmones. Cuatro caras sonrientes lo rodearon.

—¡Sujetadlo lo más fuerte que podáis! —ordenó el líder—. Agarradle la mano.

—Por favor... No... —Caw se resistió, pero los chicos se sentaron sobre sus piernas y le tiraron de los brazos. Tenía las piernas abiertas mientras el chico de la navaja se cernía sobre él.

—Elegid, muchachos. —Señalaba alternativamente las manos de Caw con la punta de la navaja—. ¿Izquierda o derecha?

Caw no podía ver a sus cuervos. El miedo circulaba por sus venas.

El chico se agachó, apoyando la rodilla en el pecho de Caw.

—Pito, pito, colorito, dónde vas tú tan bonito.

La punta de la navaja bailaba de un lado a otro.

«¡Cuidado, Caw!», llamó Glum. Todos ellos alzaron la mirada al penetrante grito del cuervo. Entonces una mano bajó desde arriba y cogió al portador de la navaja por el codo. El chico aulló cuando lo apartaron bruscamente de Caw.

Se produjo un crujido, piel contra piel, y la navaja cayó al suelo.

«¿De dónde ha salido este?», se preguntó Screech.

Caw se incorporó.

Un hombre alto y delgado sujetaba por el codo al chico de los aros en el labio. Bajo el gorro manchado del hombre se asomaban unos cabellos tiesos y castaños. Vestía varias capas de ropa sucia, lo que incluía una vieja gabardina marrón atada a la cintura con una raída correa de pana azul. Una barba hirsuta le cubría la quijada con parches irregulares. Caw supuso que tendría unos veintitantos años y que también era vagabundo.

—Dejadlo en paz —ordenó el hombre, con voz áspera. En la penumbra, su boca era un agujero negro.

—¿Y a ti qué más te da? —preguntó el chico que sostenía el brazo izquierdo de Caw.

El hombre lanzó con fuerza al chico de los aros en el labio contra el contenedor de basura.

—¡Este tipo está loco! —bramó el chico que sostenía a Caw por las piernas—. ¡Vámonos!

El líder tomó la navaja y la blandió contra el hombre.

—Tienes suerte de estar tan sucio —gruñó—. No quiero ensuciar mi navaja. Vamos, muchachos.

—¡Largo de aquí! —rugió el hombre.

Los cuatro agresores dieron media vuelta y se esfumaron del callejón. Caw se puso de pie, respirando con fuerza. Al mirar hacia arriba, vio a sus cuervos posados juntos en la barandilla de la escalera de emergencia. Observaban en silencio.

Después de que la pandilla hubo doblado la esquina, otra figura más pequeña se desprendió de la oscuridad del callejón para acercarse al hombre. Era un niño de unos siete u ocho años, supuso Caw. Su delgado rostro era pálido, y su cabello rubio y sucio estaba erizado.

—¡Sí, y no volváis! —gritó, agitando un puño.

Caw se abalanzó sobre las patatas fritas que había dispersas por el suelo. Comenzó a devolverlas a la caja. No era necesario desperdiciar una buena comida. Al mismo tiempo, sentía las miradas de su salvador y del chico clavadas a su espalda.

Cuando hubo terminado, guardó la caja dentro del profundo bolsillo del abrigo y corrió a la escalera de emergencia.

—Espera —dijo el vagabundo—. ¿Quién eres?

Caw lo observó, agachó la mirada y sacudió la cabeza.

—No soy nadie.

El hombre resopló.

—¿En serio? ¿Y dónde están tus padres?, ¿no tienes a *nadie*?

Caw sacudió la cabeza de nuevo. No sabía qué más decir.

—Debes ir con cuidado —le aconsejó el hombre.

—Puedo cuidarme yo solo.

—No lo creo —dijo el chico, y alzó la barbilla.

Caw oyó las garras de los cuervos que se movían en la barandilla por encima de él, y los ojos del hombre apuntaron rápidamente hacia ellos y se entrecerraron. Sus labios formaron un esbozo de sonrisa.

—¿Amigos tuyos? —preguntó.

«Hora de irse a casa», dijo Glum.

Caw empezó a subir por la escalera de emergencia sin mirar atrás. Lo hizo rápido, ayudándose con las manos, y sus ágiles pies apenas hicieron ruido en la estructura de metal. Cuando alcanzó el techo, lanzó una última mirada y vio que el hombre lo observaba mientras el pequeño hurgaba en el contenedor de basura.

—Te pasará algo malo —gritó el hombre—. Algo muy malo. Te metes en problemas... Hablas con las palomas.

¿Hablar con las palomas? Caw solo hablaba con cuervos.

«¡Palomas! —exclamó Screech, como si hubiera oído el pensamiento de Caw—. Pero ¡si una piedra es más inteligente!»

«Probablemente esté loco —aventuró Glum—. Muchos humanos lo están.»

Caw regresó al techo y echó a correr. Pero, mientras corría, no podía olvidar las palabras de despedida del hombre. No le había parecido un loco en absoluto. Su rostro era feroz, y sus ojos luminosos. No como los viejos borrachos que tro-

pezaban por las calles o se acucillaban en los portales pidiendo dinero.

Y, más que eso, le había ayudado. Se había arriesgado, sin razón alguna.

Los cuervos de Caw volaban por encima de él, girando alrededor de los edificios y volviendo mientras se dirigían a la seguridad del nido. A casa.

El corazón del chico comenzó a latir más lento, y la noche lo cobijó con su oscuro abrazo.